

El legado de Sara González Hernández¹ In memoriam



Sara González Hernández, socióloga de formación académica y reconocida gestora de archivos en los ámbitos nacional e internacional latinoamericano, nació en Bogotá el 29 de julio de 1949 y murió en Santa Marta el 29 de marzo de 2021. Los textos a continuación son un intento por reconocer en diferentes ámbitos su importante legado como funcionaria ejemplar y ser humano íntegro, con naturales sombras que resaltaron sus luminosas luces. Un intento por darle su justo lugar en la historia de la difícil construcción del campo de los archivos en Colombia y por reconocer la importancia de su legado en la memoria histórica colectiva en la que puso toda su energía y empeño por defender y proteger como garante de una sociedad más justa y equitativa.

¹ La compilación de testimonios sobre la vida de Sara González estuvo a cargo de Gloria Mercedes Vargas y de Jorge Enrique Cachiotis.

Sara González Hernández y el Archivo General de la Nación

El 29 de marzo supimos de la repentina muerte de Sara González Hernández. Para quienes la conocimos y tuvimos la fortuna de tenerla cerca en el Archivo General de la Nación, en donde trabajó desde sus inicios desde 1993 hasta su voluntario retiro en 2009, la noticia fue como una amputación inesperada de un sentido de orgullo, de amistad, de buen colegaje y de compromiso compartido en torno al proyecto que vio nacer el Archivo General de la Nación de Colombia en 1987 de la mano del historiador Jorge Palacios Preciado. Bajo la visión del presidente Virgilio Barco Vargas y la claridad de Jorge Palacios Preciado, el país vio nacer para su historia republicana el proyecto de mayor impacto administrativo para todas las instituciones del Estado colombiano y el de mayor impacto en la construcción de una cultura política moderna que hacía de las fuentes históricas y de las “buenas prácticas de la gestión documental administrativa”, los cimientos garantes de la construcción del Estado Social de Derecho propuesto por el gobierno Barco en 1988 y concretado en la Constitución de 1991 de la mano juvenil que sostuvo la séptima papeleta. Se trataba de diseñar los instrumentos y la pedagogía para el ejercicio moderno de los derechos ciudadanos. Con base en el derecho a la información histórica y contemporánea sobre la administración del Estado en sus diferentes órdenes y en la protección de derechos fundamentales, sostenidos no por otra cosa que registros y fuentes documentales. Documentos de archivo que en su mismo trasegar dan cuenta de la fragmentada y difícil construcción democrática a lo largo de la historia de Colombia.

Paradójicamente la fundamental iniciativa de Barco poco se recuerda en los análisis que por éstas fechas nos ocupan; tampoco se revisa la situación de las instituciones garantes de esos derechos y desde hace años el Archivo General de la Nación es tratado como una joya nobiliaria. En ámbitos más discretos la gestión de Sara González Hernández, traductora veraz en la concreción del proyecto del Archivo General, fue varias veces castigada por la burocracia indolente y tecnócrata de quien ignora la verdadera naturaleza de una visión de futuro sobre una sociedad democrática e incluyente. Realmente tal paradoja no debería extrañarnos si se piensa que entre los rasgos odiosos de nuestra burocracia se encuentra la amnesia, la torpeza directiva y la ingratitud; lo curioso y en un sentido contradictorio es que en los casos citados tales rasgos se vieron acentuados por una particular cualidad, la *prudencia*, que si bien no es característica de la identidad histórica de nuestro país, si lo es de funcionarios públicos quienes desde sus diferentes ámbitos de actuación han dejado huellas profundas en la canalización del curso de nuevas prácticas culturales, sociales y políticas, dirigidas a la construcción del soñado Estado Social de Derecho proyectado por la Constitución del 91.

Con esta Constitución, Colombia se dispuso en la “moderna” ruta de una sociedad representada por la apropiación de prácticas de inclusión y democracia participativa, que hicieran del derecho a la información y a la educación los pilares fundamentales de la transformación hacia el anhelado Estado Social de Derecho. Esta férrea convicción fue compartida por Jorge Palacios Preciado y Sara González Hernández, a

quienes unió la prudencia como sello personal en sus actividades individuales y como exitoso equipo que supo proyectar adentro y afuera el semblante sincero de una institución modernizante, el Archivo General de la Nación, vigoroso instrumento para las transformaciones propuestas por la “Carta Magna”. Particularmente durante esos años el Archivo se convirtió en referente y modelo nacional e internacional para la región latinoamericana en la modernización del manejo de la información patrimonial y de la gestión administrativa del Estado y no menos importante, el logro de recuperar simbólicamente la dignidad del oficio de archivista, responsables como fueron del acto que elevó la labor y el ejercicio técnico y profesional del archivista en Colombia, encarnado en el día nacional de los archivos el 9 de octubre.

Con claridad sociológica, graduada como fue en esta disciplina, Sara González dimensionó la importancia de la buena comunicación y la educación dirigida a mejorar las competencias en técnicas y en humanidades de todos los actores que intervienen en el quehacer archivístico. En este escenario Sara se convirtió en la columna vertebral de todos los proyectos de difusión, tanto técnica como de investigación del Archivo General de la Nación, además de dedicar buena parte de su tiempo a pensar la adecuada formación práctica y académica que dignificara a nivel nacional e internacional latinoamericano el campo de los archivos, en lo que se destacan tanto los proyectos de formación agenciados desde el Archivo General de la Nación como su gestión académica en el programa archivístico de la Universidad de La Salle en Bogotá. Elevar la formación archivística y dignificar a las personas dedicadas a esta labor fue una preocupación compartida no solo con Jorge Palacios sino con otra maravillosa funcionaria gestora del Sistema Nacional de Archivos, Myriam Mejía, con quien construyó fuertes argumentos en defender el carácter interdisciplinario de la actividad archivística y el mundo de los archivos, verdaderas canteras para la historia y así como la historia estas disciplinas no pueden ser concebidas como predios de derecho reservado a técnicos o profesionales carnetizados.

En otra de sus particulares facetas y amén de las preocupaciones mencionadas, Sara cultivó una gran sensibilidad estética, no por casualidad su compañero de vida fue el poeta Henry Luque Muñoz, y si Henry dedicó su vida al cultivo de la palabra alada, Sara se dispuso como verdadera custodia de la poesía impresa en la trama y la urdimbre de los ladrillos que dan vida al edificio diseñado por Rogelio Salmona quien cuidó cada tramo de su construcción como quien cuida la gestación del añorado hijo. Admiradora de su obra, Sara encarnó la figura del Arche, el funcionario ministerial que se ocupaba de los documentos y el edificio del “archeion”, la matriz articuladora de la administración griega en sus clásicos tiempos. No pocas veces la vimos convertirse en verdadero soldado, y general a la vez, por la defensa vigilante sobre el adecuado uso y conservación del edificio de Salmona. Esta obra de Salmona selló su amistad y aun se siente el eco en sus pasillos de los jocosos comentarios que pretendían conjurar el horror que ambos sentían al hacinamiento burocrático como gesto humillante a la más bella arquitectura, y en su memoria, aun después de la muerte de Salmona en 2007, Sara supo cazar con palabras alegres el desvío de cualquier ocupación inadecuada. Fue su tranquilidad la que salió adelante para sortear situaciones complejas o inesperadas, que en la administración pública son casi la norma; conciliar diferencias, ponerle color a los malabares de un final de proyecto o neutralizar el alboroto por un visitante

inesperado, hicieron parte de sus cualidades, conocida como era por su buen humor y creatividad para resolver problemas.

Con esto, tal vez sea claro que no puede hablarse del Archivo General de la Nación como proyecto de Estado y de Nación sin hablar de funcionarias como Sara González Hernández, por cuyo recuerdo nos reunimos virtualmente algunos de sus colegas para mejor compartir voces de otros tiempos y no sólo recordar en giro romántico la nostalgia de pasados memorables que por curva generacional se ponderan mejor, sino por la responsabilidad de honrar y rendir homenaje a la memoria de una funcionaria excepcional, caracterizada por su integridad, que nos deja la esperanza de un futuro mejor en la construcción de una sociedad más justa como fue su deseo.

Colegas de Sara González Hernández en el Archivo General de la Nación (1993-2009).

- - -

La impronta de una amistad

Los amigos son como los libros, están ahí siempre dispuestos a acompañar nuestras virtudes o nuestras desazones. Podemos disentir de sus contenidos, abandonarlos o convertirlos en voces permanentes de apoyo a nuestras inquietudes espirituales. Por ello, la amistad es el atributo de conducir no solo nuestras inconformidades sino, como dice Goethe, con los amigos debemos “mantener firmemente unido aquello en que coincidimos y tratar de dilucidar enteramente las discrepancias”. Estas virtudes, entre otras, guiaron la vida de Sara González Hernández quien unió además, a sus relaciones interpersonales, el aprecio invaluable del respeto, como mecanismo de confianza, en aquel que se aproximaba buscando una lectura apropiada, un punto de vista en torno a sus proyectos de investigación o a la escritura de una tesis.

El oficio de escuchar, de publicar, de conversar acerca de la política internacional de los archivos históricos, de ingresar a un equipo profesional de apoyo a la conservación y difusión de documentos, de celebrar los caminos exitosos de la administración del Archivo General de La Nación, de diseñar programas internacionales que reunieran a investigadores de diferentes nacionalidades y, en fin, coordinar todo aquello que hiciera posible el encuentro entre la academia y las políticas de acceso a los archivos históricos, y a la difusión de problemas implícitos en fondos documentales, eran imperativos que no merecían falsos debates sino la solidaridad intelectual, como camino de estimación y apoyo, tan necesarios en una democracia ajena al aprecio y compromiso con el conocimiento histórico. Por ello, su lealtad con Revistas como **Memoria y Ala**, pues en ellas congregaba no solo a intelectuales iberoamericanos sino voces venidas de otras nacionalidades. Su afán de convocatoria no se ceñía a lo nacional sino a lo global, caminos esenciales en su educación y formación intelectual.

Su amistad era invaluable. La pedagogía que guiaba su aprecio por amigos ocasionales, o por quienes tuvimos la suerte de acompañarla hasta su muerte, estaba esmerilada por la prudencia y por un afecto incondicional en torno al trabajo académico. No juzgaba a nadie, ni aún a aquellos que lucharon para que abandonara el Archivo

General de la Nación. Pensaba que la ingratitud solo se borraba con sus lágrimas silenciosas que de pronto caían frente a una buena copa de vino. No le gustaban las retóricas ni la verbalización de sus razonamientos, sino la comprensión de juicios equitativos cuando solidariamente sugería cambios de escritura en cualquier texto. Su amistad era así, tajante, pues no existían posibilidades de razonamientos que pusieran en tela de juicio sus decisiones, tomadas siempre con juicios claros que no dejaban dudas de la seriedad de sus decisiones, siempre apoyadas por el respeto al otro.

La muerte arrasó con una mujer invaluable, amiga leal que nunca supo de zalamerías sino de consideraciones sabias por todo aquel a quien trataba. No gustaba de conversaciones en torno a otros, si ellas no estaban respaldadas por razones válidas surgidas de un conocimiento sólido sobre los temas que se querían discutir en su presencia. Su invaluable capacidad de mesura, ahora me asombra, pues Sara González Hernández, a quien traté y conocí, desde 1986, nos dejó la impronta de lo que es la amistad, sobre todo, en un mundo de celos, enemistades gratuitas y ahítos de desprecio, hacia el otro. Servir, como si fuera un libro mágico, fue una de sus banderas. Y así fue en otros espacios en donde se desempeñó exitosamente. Supo llevar su carácter, trato y amistad como pedagogías de la convivencia. Normalmente, eludía alabanzas y nunca hizo gala de su rol como educadora, investigadora, editora y funcionaria pública. La prudencia, el respeto al otro, los amigos, la lealtad, la convivencia, vistieron el luto de su ausencia.

Hermes Tovar Pinzón
Sopo, 25 de mayo de 2021

- - -

“Mis recuerdos de nuestra querida Sara siempre van vinculados a tres palabras: profesionalidad, empatía y amistad. Profesionalidad en la medida que mantuvo siempre alto el nivel de exigencia, creando un tándem de calidad excepcional con el añorado Dr. Jorge Palacios en unos tiempos en que el Archivo General de la Nación de Colombia devino referente de carácter internacional. Empatía por su capacidad de generar “buena onda” y sinergias con todos aquellos que tuvimos con ella una relación larga y fecunda. Amistad, porque en todo momento, más allá de la frecuencia de los mensajes o las llamadas, sabíamos que estaba allí, presta a echar una mano o a apoyar las iniciativas del sector archivístico. Guardo un recuerdo imborrable de los años en que Barcelona y Bogotá mantuvieron un sólido acuerdo de colaboración y que fructificó en la espléndida realidad del Archivo de Bogotá, así como en su etapa de dirección de la maestría en archivos de la Universidad La Salle. Espero y deseo que todos los archivistas sepamos honrar su memoria y mantener viva su entrega incondicional y generosa a la profesión.”

Ramón Alberch i Fugueras
Barcelona, mayo 2021

Sara González Hernández. *In memoriam*

La muerte de Sara nos ha dejado muy compungidos a quienes teníamos trato con ella. Porque no solo hemos perdido a una gran profesional sino también a una amiga a la que queríamos por su bondad y cariño. No puedo decir que haya tenido un trato continuo o cotidiano con ella, pero a lo largo de muchos años hemos coincidido y colaborado juntos en diversos proyectos profesionales encontrándonos felizmente de tiempo en tiempo en congresos, seminarios, reuniones o, simplemente, cuando he viajado a Colombia y hemos podido comer o tomar un café. Pero justo en los últimos meses de su vida estaba colaborando con ella en una publicación que ha quedado, probablemente, condenada a no ver la luz. Una de tantas iniciativas editoriales emprendidas por Sara, como los múltiples manuales editados desde el AGN o su complicación *Archivos desorganizados, fuente de corrupción*. Mi último correo a ella lo remití el día 9 de marzo de 2021; ya no tendría respuesta. En su última comunicación me decía que estaba hospitalizada con neumonía pero que esperaba superarlo, y me daba el pésame por Vicente Cortes, fallecida con Covid en enero de 2021. Fue precisamente Sara quien en marzo de 2020 me comunicó que otra buena amiga y gran archivera, Margarita Vázquez de Parga, estaba muy enferma por el Covid, a consecuencia del cual fallecería pocos días después. La pandemia tampoco ha dejado indemne al mundo de los archivos.

Contacté con Sara González por primera vez en el año 1993, cuando era editora de *ALA órgano de comunicación de la Asociación Latinoamericana de Archivos*, por la publicación de un artículo que escribí para la revista sobre documentos audiovisuales. Fue todo un descubrimiento. Me sorprendió la extraordinaria calidad de la revista y su diseño vanguardista, tan alejado de la estética que por aquellos años impregnaba las publicaciones de los archiveros. Ahí ya asomaba la perspectiva de modernidad que Jorge Palacios y Sara González extenderían por América Latina junto a otros colegas de Costa Rica, México o Brasil. ¡Cuánto ha cambiado nuestra profesión en los últimos treinta años! Y ese cambio está protagonizado por archivistas como ella. Sin duda, Sara ha sido una de esas archiveras comprometidas que han empujado la profesión hacia su proyección social actual, abandonando los espacios exclusivos de la investigación histórica, aunque sin renunciar a esta, y haciendo de los archivos herramientas esenciales para las personas; *son básicos, nos decía, para que los ciudadanos ejerzan sus derechos en todas las esferas de la vida: para acceder a la educación, al trabajo, a la salud, a la vivienda, a la recreación; para demostrar derechos de propiedad, de capacitación, etc. Igualmente, para ser incluidos en diversos planes de beneficio social, para fundar empresas y para acceder a la pensión...*

También deja tras de sí una extraordinaria labor docente, tanto desde sus responsabilidades en la capacitación del personal del Sistema Nacional de Archivos de Colombia como desde su trabajo en la universidad, en la que centró su labor tras dejar el Archivo General de la Nación. Lamentablemente, en esta última institución, a la que dedicó tantos años de trabajo, no encontró, al asumir la dirección en diversas etapas

de interinidad tras la muerte del doctor Palacios, la continuidad que habría sido necesaria para terminar de desarrollar sus proyectos organizativos.

Pero Sara era mucho más que una archivera, era igualmente una gran conocedora de la literatura, especialmente de la literatura rusa, algunas de cuyas obras ayudó a divulgar al traducirlas al español, sola o en colaboración con Henry Luque Muñoz, su compañero, durante el largo tiempo que vivieron en Moscú.

Amante de los viajes y del conocimiento, siempre alegre, siempre dispuesta a ayudar a los demás nos ha dejado por sorpresa, y nos duele. Descansa en paz, Sara. Aquí ya te echamos de menos.

Antonio González Quintana
Madrid, 28 de mayo de 2021

- - -

Sara, el Archivo y la Universidad

Recordamos con nitidez el radiante día bogotano de febrero de 2009, premonitorio por su luz, en que Sara González nos recibió en el Archivo General de la Nación. En el transcurso del encuentro nos transmitió su visión del Archivo, de su historia, de sus fondos, de sus servicios, de su función social como institución abierta a la ciudad y a los ciudadanos, y, por supuesto, de su edificio. Nos habló del sistema de climatización natural, de los dobles muros calados de ladrillo, de los canales perimetrales, de los ductos de ventilación... y del día en que telefoneó al arquitecto D. Rogelio Salmona para hacerle una consulta, que comenzó diciendo: “doctor Salmona, lo llamo desde su hermoso edificio, en el que estoy helada, porque hace mucho frío”. A lo cual, aquél respondió: “doctora Sara, me pidieron que construyera un edificio para conservar documentos, no para conservar personas”.

Pocos años después recordaríamos esta anécdota en las aulas de la Universidad de La Salle, donde, magistralmente, dirigió la Maestría en Gestión Documental y Administración de Archivos. En la Universidad desplegó sus dos grandes cualidades: la “autoritas” y la “humanitas”, entendidas ambas en el amplio sentido latino de los términos. Con su autoridad, serena y firme, coordinaba la contratación de profesorado, la captación de alumnos, la programación académica y el desarrollo de la docencia. Al mismo tiempo, con su humanidad, ayudaba a los estudiantes a resolver sus problemas, “endulzaba los paseos” de los profesores y dignificaba con palabras certeras a todo aquél que, en la calle, necesitaba aliento.

Los años de La Salle, fueron años de conversaciones. Conversaciones sobre su vida en la Unión Soviética, sobre sus viajes por Oriente, sobre los clásicos rusos, sobre su compromiso social, sobre su enigmático y amado País. Conversaciones en las que se

fraguó nuestro afecto. Conversaciones en las que comprobamos que, como escribiera su querido Henry Luque, todo lo hacía “con su aliento de corazón y su empeinado amor a la claridad”.

Pilar Ortego y José Luis Bonal
España, mayo 2021

- - -

En enero de 2011, se inicia esta travesía de liderar la Maestría en Gestión Documental y Administración de Archivos de la Universidad de La Salle, era una tarea encargada a un espíritu inquieto y trabajador por los archivos y claro por los archivistas que en una maestría con énfasis en investigación hacían sus primeros pasos de generar un corpus teórico para la disciplina. Fueron muchos los retos que Sara González Hernández tuvo que asumir por que el programa era nuevo y esto demandaba lógicas de terminar de articular los procesos técnico-administrativos para que los estudiantes pudieran llegar a los salones de clase, retos como la búsqueda de docentes nacionales e internacionales, la definición de los Syllabus o planes de clase, la plataforma virtual para el apoyo al desarrollo académico y la búsqueda constante de estudiantes.

Luego de un par de semestres de trabajo se dio inicio al proceso formativo y los retos no pararon de llegar, se matriculó un grupo importante de estudiantes nacionales y de la misma forma un grupo de estudiantes internacionales que generó réplicas en los semestres subsiguientes con representantes de Perú, Ecuador, Panamá, El Salvador y el grupo más grande de estudiantes mexicanos. Era titánica la tarea de lograr traerlos por la multiplicidad de normas y visados para que pudieran realizar sus estudios de maestría en gestión documental y con el tiempo el reto se convierte en compromiso de graduarlos y eso significa apoyarlos para investigar, motivarlos para que se mantengan y logren finalizar y por último ver las sonrisas de júbilo cuando pudieron recibir de manos del rector su diploma.

La labor de Sara González Hernández, es de admirar su amor y dedicación al fortalecimiento de los archivos y de los archivistas en Colombia y en Latino América.

Nelson Javier Pulido Daza
Mayo 2021

